

Intrusos

Seguramente alguna vez hayas oído la frase “a buen entendedor, pocas palabras bastan” No sé si yo soy muy buen entendedor, pero siempre he necesitado muy pocas palabras para saber lo que quería decir una persona, incluso para conocer lo que no quería decir. No recuerdo muy bien cuando empecé a poder utilizar esta habilidad, pero sé que era cuando aún hacía exámenes. Mientras estaba haciendo uno, las respuestas aparecieron en mi mente como por arte de magia, pero después de que me acusaran de haberme copiado de mi compañero de al lado entendí que “por arte de magia” era justamente como aparecían. Después de esto, estuve haciéndome una serie de pruebas para saber si de verdad podía leer mentes, como por ejemplo que algún amigo pensara en un número y yo adivinarlo, hasta pasar a cosas más complejas como intentar adivinar con quien estuvieron el día anterior o que habían desayunado, con lo que comprobé que realmente podía saber lo que la gente la pensaba.

Con el tiempo aprendí a perfeccionar esa técnica, las cosas ya no aparecían en mi mente, si no que era yo quien las hacía aparecer; no sólo podía leer lo que pensaba alguien, sino que también podía indagar en todos los recovecos que poseía, y conocer todos y cada uno de sus secretos. Así, haciendo algunas trampas, conseguí llevar una buena vida, ayudar a mis amigos en sus asuntos sentimentales y ganar algo de dinero ayudando a otros que no eran tan amigos, aunque sin llegar a tomármelo como un trabajo. Pero hacer esto, tarde o temprano, y aunque yo lo desconocía, terminaría por pasarme factura. Fue unos ocho años después cuando las cosas empezaron a ponerse feas. Una noche, mi novia, con la que llevaba un par de años saliendo, me despertó a gritos. Estaba muy asustada, le temblaban las manos y no podía entender nada de lo que decía. Podría haberla leído la mente, pero me prometí a mi mismo no hacerlo nunca con amigos, familia o parejas. Cuando consiguió calmarse un poco, me contó que de repente

me había despertado y había empezado a agredirla. El simple hecho de oír algo como eso saliendo de su boca me revolvió el estómago, y en un principio pensé que, tal vez, lo había dicho porque no podía soportar que pudiera leer todo aquello que pensaba, aunque en ningún momento llegué a hacerlo, por muy tentador que fuera. Pero las marcas de golpes que había por todo su cuerpo me hicieron pensar que sus palabras tenían más verdad de lo que a mí me hubiera gustado.

Con el tiempo fui estando cada vez más seguro de que aquello que dijo era cierto. En ocasiones, sentía como si alguien más estuviese en mi mente, como si quisiera tener el control sobre mi cuerpo. Cuando mis vecinos se quejaron de que por las noches daba golpes en su puerta, decidí probar algo. Puse una cámara de vídeo grabando por la noche hacia mi cama, con el fin de saber si lo que me pasaba estaba relacionado con algún tipo de sonambulismo. A la mañana siguiente, me desperté con algunos cortes en el brazo y en los pies, y vi como todo el suelo estaba lleno de cristales y lleno de sangre. Estaba asustado, y nervioso, pero necesitaba ver esa cinta para saber que es lo que me estaba ocurriendo. Pasaron unas dos horas del vídeo hasta que mi cuerpo se levantó de la cama, con total naturalidad, como si estuviera despierto. Bebí un vaso de agua que tenía sobre la cómoda y lo estampé contra la pared. Cogí uno de los cristales que había por el suelo y con él me corté el brazo. Mientras la sangre caía por el suelo, con pasos lentos pero seguros, me acerqué hacia la cámara, y pude ver cómo miraba directamente al objetivo con una sonrisa terrorífica que, aunque posteriormente intenté imitar yo, no conseguí hacerlo. Después, empecé a murmurar algo y me volví a meter en la cama. Desde que vi ese vídeo, empecé a tenerle miedo a dormir y dejar que mi cuerpo vagara libremente por donde quisiera, con lo que tuve que empezar a tomar somníferos para conseguir dormir un poco, aunque, con el tiempo, eso también dejó de funcionar. Muchas mañanas me despertaba fuera de mi casa o con el cuerpo lleno de cortes, con

las manos ensangrentadas, tumbado en una ventana... O con mensajes escritos por las paredes, ya fuera con sangre o con algún bolígrafo, en los que se podía leer cosas como “tú nos has traído, paga el precio”. Mientras dormía, podía oír cientos de voces gritándome, pidiéndome que hiciera miles de cosas al mismo tiempo, voces horribles, inhumanas. La única manera que encontré para evitar esto, fue poner varios despertadores en mi habitación para que cada aproximadamente diez minutos sonara uno y así evitar el dormirme profundamente.

Pero esto sólo sirvió durante un tiempo, después ya no necesitaba ni siquiera estar dormido para sentir que la persona que menos control tenía sobre mi mente, era yo. Cada vez que me miraba en un espejo, no veía mi reflejo, sino a otras personas que lo golpeaban y me sonreían; pero no era una sonrisa de felicidad, más bien era de... superioridad. Eran personas con las caras desfiguradas, que por mucho que sonrieran tenían una expresión de dolor en su rostro. Esto terminó por provocarme también miedo a mirarme a un espejo, y prácticamente a mirar cualquier superficie reflectante. Poco a poco, empecé a no poder diferenciar lo que era real de lo que eran sueños. Acudí a varios psicólogos, pero, por mucho que intentaran buscar explicaciones científicas a lo que me ocurría, no conseguían encontrar ninguna para que yo supiera con quién engañaban a su mujer, a quién sobornaron para conseguir el título... Como los psicólogos no servían de nada, decidí ir a ver a algunos médium. La teoría que más compartían era la de que, cada vez que yo usaba mi habilidad para leer mentes, una especie de puerta se abría tanto en mi mente como en la de aquél al que quería leérsela estableciéndose una comunicación unidireccional, en lo que yo podía introducirme en su mente y esa persona ni siquiera notarlo. Pero de tanto abrir la puerta de mi mente, cada vez le costaba más cerrarse, hasta que finalmente terminó por no hacerlo. A partir de ese momento, toda la energía que vagaba por el mundo tenía la posibilidad de meterse por

esa apertura y poder manipularme tanto como quisiera. Y lo peor de todo es que ya no había ninguna manera de cerrar esa puerta.

No sé muy bien por qué estoy escribiendo todo esto; tal vez lo haga como advertencia a aquellos que tengan el mismo poder que yo. Tampoco consigo recordar de dónde he sacado el arma que tengo ahora en mis manos; lo único que sé seguro es que si una bala me atraviesa la cabeza, esos intrusos no tendrán ningún lugar al que entrar.